

UN DÍA CUALQUIERA

Dos perlas de rocío se deslizaban por la ventana del cristal de su oficina ajenas a quien, tras ella, permanecía observando la calle con una panorámica a gran altura. Estuvo trabajando hasta muy tarde para concluir una importante operación financiera y casi no pudo descansar. Asomándose en el rosetón de su despacho, junto a una planta vetusta de aspecto casi sintético, contemplaba el nacimiento del nuevo sol que tanto le hechizó de pequeño por la extraordinaria riqueza de su fulgor. Todo volvía a empezar en una jornada más y le quedaba poco tiempo. Dentro de un plazo de doce horas, su cuenta bancaria se iba a engrosar notablemente si las cosas iban bien, aunque ya nada podía frustrarse. Vio como en la calle las persianas de los establecimientos empezaban a subir, mientras el sol, danzaba entre los edificios y la gente iba disipando su somnolencia para emprender un nuevo día mediante un pequeño paseo matinal.

Después de servirse un café de la máquina que había a la entrada, se consagró a ultimar los detalles del ejercicio millonario que tenía en curso, para poco después ir al banco a hacer las transacciones pertinentes. Sentado delante de su ordenador se quitó las gafas un momento y se pasó la mano por los ojos. Estaba cansado pero no tenía demasiado tiempo, quizá el justo para hacer un breve repaso. La oficina aún registraba la penumbra de la noche; todo permanecía en calma, únicamente se oían las pulsaciones sobre el teclado del ordenador y un inapreciable zumbido de la máquina de café. Sobre la mesa de su despacho, un periódico abierto por la sección de economía y numerosos papeles con gráficos e índices de bolsa, podían dar una noción de cuál era su profesión. Aquel lugar mostraba orgullosamente sus paredes frías, apenas decoradas, sin ningún

vestigio que indicase la existencia de vida familiar, un toque femenino o algún retrato.

Era un hombre soltero y de mediana edad, muy entregado a todo cuanto le creaba grandes beneficios pero, incapaz de mantener una relación o aceptar una responsabilidad diferente a lo único que sabía hacer, su trabajo; y menos aún, capaz de tolerar un compromiso matrimonial.

El reloj de pared pareció despertar repentinamente anunciando la proximidad del fin de aquel negocio. Apagó el ordenador y abrió un maletín sobre la mesa, en el que introdujo algunos papeles; había también un poco de dinero y una voluminosa agenda. Cerró la maleta; tomó un abrigo de la percha y, echando una mirada atrás, salió de la oficina camino del banco. Los pasillos del edificio estaban vacíos y resonaban sus pasos propagándose como un ejército entre el silencio de la expectación. Cogió el ascensor, y mientras esperaba su próxima parada, revisó su aspecto en el gran espejo que llenaba el fondo de aquel artefacto. Una campanilla indicó su parada y las puertas se abrieron mecánicamente. Se podía apreciar mayor luminosidad reflejándose en el mármol del suelo, aunque aún cohabitaba la penumbra en las entrañas del edificio. Cruzó una puerta de cristal y el conserje le fue a abrir la de la calle dándole los buenos días, saludo que devolvió al instante con un tono impasible. Una bocanada de aire frío llenó sus pulmones congelando el donaire con que salía del inmueble; miró un concesionario de coches mientras pensaba en el dinero, y la librería que había al otro lado de la calle, a la que iba a comprar el periódico cuando el semáforo le permitiese cruzar. Finalizada su primera tarea, salió del establecimiento con el diario bajo el brazo y alzó la vista para contemplar su oficina de la que tan orgulloso se sentía; un edificio alto, gris y muy acristalado que destacaba entre los

otros, algo de lo que él nunca había sido capaz. Volviendo a su realidad, siguió su camino cruzando un puente de barandillas forjadas y decrépitas. Al otro lado, en un supermercado que dejaba al trasluz de un cristal toda su rutina, las cajas permanecían fieles a la automática tarea de registrar cada compra y, a su derecha, una cabina anaranjada y verde tentaba al azar con sus cupones.

Era un día cualquiera, sin nada especial, salvo que andaba metido en un negocio muy importante que le daría buenos beneficios, pero su mente, nunca alcanzaría a imaginar que sus antepasados lo fueran a llamar para reunirse con ellos.

Entró en la cafetería que solía frecuentar todos los días para tomar una infusión y algún bollo. No había mucha gente; un empleado del supermercado, la dependienta de la floristería contigua, un viejo leyendo el periódico; se sintió desapercibido, y fuera de su oficina, eso le gustaba. Le atendió una camarera pelirroja que no había visto antes, con un escote un tanto provocativo y unas mayas que definían sus piernas a la perfección; aunque su mente pronto se evadió recordando algunos detalles de su negocio. Cuando hubo terminado, fue a pagar con el dinero exacto y recibió una gratificante sonrisa de la chica. Adulado frente aquella expresión, cruzó el umbral que lo volvería a situar rumbo a sus negocios. Necesitaba hacer un pequeño ingreso y una importante transferencia de varios millones; todo el esfuerzo de los últimos días le sería recompensado. Al otro lado de la calle, una oficina de seguros con un vistoso letrero, le recordó un asunto pendiente, que una vez más pospondría para la mañana próxima.

Un autobús, coches, una moto ruidosa, gente entrando y saliendo de los comercios, todo discurría con normalidad. Pasó por delante de un parque arbolado en el que varios taxis aguardaban a un mismo cliente. Y emergiendo de entre los árboles, una gran figura de hierro prometía velar por la ciudad frente al ataque de cualquier invasor. Después llegó al semáforo de la esquina y esperó su turno un poco preocupado por el aspecto de un joven que también iba a cruzar, la presencia de aquel individuo hizo que inconscientemente agarrase el maletín con mayor fuerza, siempre intentó evitar cualquier peligro, nunca destacó por su heroísmo. Enfrente había un gran edificio umbrío y antiguo, rodeado de grandes árboles entre los que la muerte sació su apetito en uno de ellos; se trataba de un centro de acogida infantil y los niños le repelían, recordando su economía se sintió orgulloso de no tener responsabilidades paternas. Cruzó la calle rodeando otra de aquellas cabinas verdes y anaranjadas que tentaban a la suerte y vio el cartel del cajero alzándose detrás de la parada del autobús; allí estaba el banco. Dirigiendo la vista al interior de la entidad, a través de sus paredes acristaladas, vio que había algunas personas.

Entró en el banco. Estaba algo nervioso. Aguardaba su turno en caja para después hablar con el director que se sonreía desde que le vio entrar. Un hombre con unos recibos y una carpeta, esperaba su turno en la caja, mientras atendían a una madre con el cochecito del niño a sus espaldas. En la otra caja un individuo guardaba el dinero que había retirado y una vieja enlutada, a punto de descomponerse con la luz del día, se aprestaba a retirar la totalidad de su pensión mensual.

En ese momento, entran dos guardas de seguridad con unas sacas y se pierden dentro del establecimiento bancario. Dos individuos más acceden a la entidad aunque no consiguen verles la cara.

Ha llegado su turno, saca el dinero del maletín delante de la caja y, de repente, cuando baja la vista para revisar su maletín, siente un golpe en la cabeza que le lleva de bruces contra el suelo un tanto aturdido. Se oye algún grito y alguien llora. Están atracando el banco; todo ha sucedido tan deprisa, que no llega a creer que esté pasando. Le obligan a permanecer callado en una esquina junto a la gente que había en el banco, alejados de las cristaleras. Se oye un disparo y los atracadores emprenden una carrera hacia otra nueva vida, tal vez más prospera, pero toman como rehén al hombre de gafas y maletín que habían derribado de un golpe, su resguardo. Salen del banco dejando un paquete metálico adherido a la puerta aunque no alcanza a definirlo con exactitud; es posible que se trate de una bomba. En la calle, el furgón no tiene conductor y hay una pequeña mancha de sangre en un cristal que le hace creer que hay más colaboradores y están bien organizados. Con fuertes empujones, le hacen entrar en el vehículo, diciéndole a gritos que permanezca quieto y callado, que no va a sucederle nada. Sabe que intentan calmar su nerviosismo, pero que seguramente, querrán acabar con su vida cuando no les sea de utilidad. Todos le parecen alterados pero alguien da un grito de júbilo como indicando que el golpe ha ido bien.

Arrancan y salen disparados; nota que el furgón se mueve entre los demás vehículos con celeridad por las sacudidas bruscas que sufren los ocupantes, entre los que se encuentra él. Dentro del vehículo hay cuatro atracadores, dos delante y dos detrás. Él está sentado en el suelo, junto a unas sacas que presumiblemente,

están llenas de dinero pero, también hay bonos y acciones que él reconoce. Le vuelven a gritar diciéndole una vez más que agache la cabeza, aunque de reojo consigue ver por una de las ventanas la ruta que están siguiendo. Los edificios le son familiares y dentro de poco pasarán por delante de su oficina. Aparentemente hay tráfico y todos empiezan a ponerse más nerviosos de lo previsto, tienen miedo. Ahora, le parece que ha oído alguna sirena entre el ruido de los diferentes cláxones de conductores irritados, en disconformidad con el modo de conducir del presuroso chófer del furgón. Intenta alzar un poco la vista y le vuelven a golpear la cara.

Todo parece suceder muy deprisa, siente cada latido de su corazón a modo de fuertes golpes que se propagan como un seísmo por todo su cuerpo y nota cierta humedad en la nariz; está sangrando. Les ha visto la cara a los atracadores y teme lo peor para su vida. Aún sigue tumbado en el suelo mientras los demás miran por las ventanillas; parece que han conseguido salir de la ciudad. Ve la manecilla que abre la puerta posterior, por un momento le pasa por la cabeza la idea de saltar en marcha pero el miedo le vence, nunca ha sido un hombre valiente ni destacó jamás por haber actuado sin pensar. Van armados y ha visto sus rostros, nada bueno puede suceder. Ahora los de atrás se asoman a mirar por el lado del conductor así que están de espaldas a él, quizá ésta sea su única oportunidad. Sin ver nada más que la imagen de una pistola apuntándole a la sien, se levanta rápidamente entre el asombro de sus secuestradores, apenas les deja tiempo para reaccionar ante semejante acto de valentía. Abre la puerta y salta sin vacilar. A sus espaldas se oye un disparo pero no le ha dado, está cayendo sobre la carretera y la vida parece que se ha detenido por un instante para contemplar semejante acción.

Pronto empiezan a pasarle por la mente imágenes de toda su vida al tiempo que su cuerpo da vueltas y vueltas por la carretera aunque no siente dolor; él sigue viendo los detalles que siembran toda su existencia cuando percibe el gran silencio. Ahora yace un cuerpo sobre la calzada. Es él; está muerto.

Un día cualquiera te puede llamar del modo más inesperado, ella, la esposa de tus antepasados, la muerte, no importa cómo, no hay nada que hacer.

Daniel Balaguer

<http://www.danielbalaguer.es>

<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>